

Una nota a Aristófanes, *Lisístrata* 665

Juan Gil

Universidad de Sevilla

RESUMEN

La lección λευκόποδες, corrección de Hermann al λυκόποδες de los mss. (Aristoph. *Lys.* 665), debe ser sustituida por κυλλόποδες (procedente de un κυλόποδες) que da mejor sentido.

PALABRAS CLAVE

Aristófanes, *Lisístrata*, verso 665.

ABSTRACT

Hermann's correction λευκόποδες to the mss. λυκόποδες (Aristoph. *Lys.* 665) must be changed in κυλλόποδες (originally written κυλόποδες), which gives a better sense.

KEY WORDS

Aristophanes, *Lysistrate*, line 665.

Las mujeres, al mando de Lisístrata, han tomado la Acrópolis de Atenas. El coro de viejos, dispuesto a arrebatar de una vez el pico sagrado a las invasoras (*Lys.* 665ss.), se arenga a sí mismo recordando las gloriosas hazañas de sus tiempos mozos:

ἀλλ' ἄγετε, λευκόποδες, οἵπερ ἐπὶ Λειψύδριον ἦλθομεν ὄτ' ἦμεν ἔτι,
νῦν δεῖ νῦν ἀναβῆσαι πάλιν κάναπτερωῶσαι
πᾶν τὸ σῶμα κάποσεῖσθαι τὸ γῆρας τόδε.

Siempre me ha sorprendido el adjetivo empleado, λευκόποδες. A pesar de la larga serie de comentaristas —ya tendremos ocasión de volver sobre ellos— que han glosado el notable compuesto, λευκόποδες no es ni mucho menos el epíteto más conveniente para dirigirse a hombres hechos y derechos, y mucho menos a ancianos. Al revés, en la lengua elevada de la tragedia contemporánea —la parodiada en este pasaje— se aplica siempre a mujeres, normalmente para indicar que van con los pies desnudos en un acto ritual¹. Ir

¹ Es la única manera de desprenderse de unas ataduras que podrían anular el efecto apotropaico de la ceremonia religiosa. Descalzas (*nudis pedibus*) iban las mujeres en las rogativas por la lluvia (cf. Petr. *Sat.* 44, 18).

descalza, en efecto, permite admirar la tersa albura del pie femenino: λευκόποδες son las bacantes de Eurípides (*Cyc.* 72, cf. *Ba.* 665, 863), a una mujer que se aproxima al santuario de Apolo se le dice que avance λευκῶ ποδί (Eur. *Ion* 221 θέμις γυάλων ὑπερβῆναι, λευκῶ ποδί γ'; *nudis saltim pedibus*, explica Murray). Una sola vez en toda la literatura la metáfora del 'blanco pie' se sale del mundo femenino: λεύκωσαι πόδα γαῦρον (esto es, '¡descálzate!'), dice un epigrama de Maccio (*A.P.* IX 403, 3); pero el destinatario de la súplica no es un mortal, sino un dios de ambigua belleza como Dioniso, a quien se ruega que entre en el lagar para pisar la uva.

La blancura de la piel, por otra parte, es el más claro distintivo de la belleza femenina. A Hera, no a Zeus, se la conoce como λευκώλενος, Hebe es λευκόσφυρος. En el Ática la mujer morena se unta la cara de albaya (ψιμύθιον) para disimular el color de su tez; su ideal estriba en ser λευκοπάρειος; así lo es la Demó de Meleagro (*A.P.* V 160, 1). Una asamblea llena de mujeres se convierte en una λευκοπληθής ἐκκλησία (Ar. *Eccl.* 387). Tener la piel curtida por el sol, en cambio, caracteriza al hombre, que enduce su cuerpo faenando en el campo mientras la mujer permanece encerrada en la γυναικῶνίτις. La oposición hombre/mujer o, mejor dicho, macho/hembra se manifiesta de manera paladina en la dicotomía μελάμπυρος/λευκόπυρος². El anciano tiene, sí, una única cosa blanca en su cuerpo: el pelo (de ahí λευκὸν γέρας en Soph. *Aiax* 625); pero el pelo no es el pie. Y, desde luego, un hombre mayor no se arriesga a ir descalzo: si no encuentra sus sandalias, se atreve incluso a hacer el ridículo saliendo de casa con los chapines de su mujer antes de andar por la calle con los pies desnudos (Ar. *Eccl.* 319, 343ss.).

Ahora bien, λευκόποδες no es lo que se lee en los manuscritos de Aristófanes. La vulgata actual se debe a una corrección —métrica— de C. Hermann. El texto dice en realidad λυκοποδες. Bien es verdad que, como ya he advertido, los lexicógrafos antiguos³ dieron a este término diversas explicaciones —prueba de su despiste e inseguridad—, derivando

² La diferencia viene aquí impuesta por la diferente fisiología: de ahí que el desdichado Mnesiloco tenga que someterse a una dolorosa depilación para que su trasero pueda parecerse al de una mujer (Ar. *Thesm.* 236ss.). La distinción secundaria entre el varón/negro (μελάμπυρος, el águila de cola negra) y el afeminado/blanco (πύγαρος, el águila de cola blanca), muy antigua, se encuentra ya en Arquíloco (93 Diehl = 178 West). Muy oportunamente me recuerda el Prof. D. López-Cañete que este simbolismo cromático siguió vigente muchos siglos, y llama mi atención sobre un epigrama de Meleagro (XCVIII Gow-Page = *A.P.* XII 165; G-P. remiten a su vez a Estratón [*A.P.* XII 5 y 244]) y sobre la alusión velada a la homosexualidad de César que algunos comentaristas (Ingemann y A. Pérez Vega) quieren ver en Cat. 93 *Nil nimum studeo, Caesar, tibi uelle placere Nec scire utrum sis albus an ater homo*. Pero cuando Horacio habla de *animae candidiores* o tacha a alguien de *niger* no se refiere a las inclinaciones sexuales, sino a las cualidades buenas o malas de la persona; tampoco creo que se oculten alambicadas intenciones en el hecho que el Coridón virgiliano sea *niger* y *candidus* Alexis. De seguir por ese camino se podrían hallar también extrañas motivaciones sexuales a las preferencias masculinas por las mujeres rubias o morenas, y viceversa.

³ Recogidos en el escolio de Biset, que utilizo en los *Scholía Graeca in Aristophanis Comoedias*, ed. W. Dindorf, Leipzig, 1823, I.2, p. 124. Están cómodamente reunidos también en R. J. Hopper, «A Note on Aristophanes, *Lysis*—*trata* 665-70», *CQ* 10 (1960) 243.

el primer término del compuesto bien de λυκο-, bien de λευκο-. Al decir de Hesiquio⁴, se llamaba así a los Alcmeónidas porque, al ir siempre calzados, tenían los pies blancos: exegesis «ridicula et vana» según Heinsius, pero que es sin duda el punto de partida de la enmienda de Hermann. Según la *Suda*⁵, que invoca la autoridad de Aristóteles, a la guardia personal de los Pisistrátidas se le daba este nombre porque se calzaba con pieles de lobo o porque tenía pintado un lobo sobre el escudo; y Focio añade, invirtiendo los términos, que gracias a llevar esas abarcas de piel los Alcmeónidas no fueron oídos⁶ por los δορυφόροι del tirano. Tales interpretaciones parecen fantasías inventadas *ad hoc*: no se ve razón alguna por la que el poeta hubiese de comparar a los ancianos con los «gorilas» de los tiranos, y la fábula referente a los Alcmeónidas «de blancos pies» pudo derivar de la específica alusión que hace el coro a Lipsidrio, el mítico y desgraciado castillo donde se fraguó la rebelión contra Hipias⁷.

Es verdad que una blancura atípica puede caracterizar a un hombre (así el conde de Castilla Garcí Fernández fue conocido como ‘el de las blancas manos’); pero se trata de un rasgo indeseado que de ningún modo se propaga como distintivo a toda la estirpe. De haberse aplicado a los Alcmeónidas el mote «de blancos pies», el apodo –puesto por los enemigos– hubiese sido absolutamente despectivo: una señal de afeminamiento. Y no es eso ni mucho menos lo que quiere resaltar el coro aristofánico, sino la virilidad de los ancianos, mermada únicamente por la vejez. No, después de todo lo visto no se puede decir con J. Henderson⁸ que «‘white-feet’ is an honorific way of referring to footsoldiers generally, ‘bare-/dusty-/nimble-footed... designating the manly endurance of hard-ship». Y tampoco parece muy convincente la explicación de Wilamowitz: «‘Mit weissen Füßen zogen wir aus’, als wir solche noch hatten, also als junge feine Kerle. Jetzt werden die Füße der Greise ganz anders aussehen, die übrigens nich barfuss getanzt haben»⁹: ¿a santo de qué iban a tener los mozos atenienses los pies blancos?

¿Hemos llegado a un punto muerto? Tal vez quepa proponer otra solución y desterrar una *uox nihili* que, en cualquier caso, tiene una venerable antigüedad, atestiguada como

⁴ *Hesychii lexicon*, ed. J. Alberti, Leiden, 1766, cc. 508-509.

⁵ Manejo la edición ateniense (Kaktos Editions), 2004, V, pp. 293-94. Cf. *Apost. Cent.* X 91 (Leutsch-Schneidewin, *Corpus paroemiographorum Graecorum*, reimpr. Olms, 1967, II, p. 512).

⁶ Esta inversión es extraña. Quizá Focio leyó o creyó leer o enmendó *ἐπαιέσθαι* en vez de *ἐπικαίεσθαι* en el escolio *εἶχον τοὺς πόδας λύκων δέρμασι περικεκαλυμμένους, ὥστε μὴ ἐπικαίεσθαι ἐκ τοῦ περιέχοντος*.

⁷ *Arist. Ath. pol.* 19, 3; *Herod.* V 62.

⁸ *Aristophanes Lysistrata*, Oxford, 1987, p. 159. En realidad Henderson se basa en una interpretación de R. J. Hopper (*art. cit.*, p. 246): «The Old Men would, with some pride, have called themselves ‘foot-sloggers’ and in fact they do, for it is to be suggested that this is the meaning of *λευκόποδες*, not because the Old Men wear white shoes or boots or because their skin is white since they normally wear shoes. The reference is to the infantryman, who dit not wear boots, as is abundantly clear from vase-painting. He went bare-foot... On road and field, dust and dried must produce an effect of whiteness as every traveller in Greece knows». El comentario de Henderson se deja des- carriar después por el monosandalismo de algunos héroes, que no tiene nada que ver con el tema que tratamos.

⁹ *Aristophanes Lysistrata*, Zürich-Berlin, reimpr. 1964, p. 164. Tanto Wilamowitz como Henderson rechazan la fábula de los Alcmeónidas.

está ya en el siglo v d. C. (Hesiquio). Partiendo de *λυκοποδες* y por una fácil inversión de letras –nada más sencillo que una metátesis de la líquida– quizá podamos recuperar el adjetivo original: *κυλόποδες*, esto es, *κυλλόποδες*. El coro de hombres ya no es lo que era, como él mismo reconoce. La manifestación más evidente del paso de la edad se traduce en la debilidad de las piernas, esas rodillas que ya le flaqueaban a Ulises impidiéndole competir en la carrera con los feacios. Ahora bien, los ancianos, aunque cojeen de manera ostensible, no pueden ser llamados lisa y llanamente *κυλλοί*, epíteto demasiado vulgar, demasiado despreciativo¹⁰. El poeta, en este momento solemne para los vejestorios, cuando el afán de servir a la patria y el recuerdo de la gloria pretérita los hacen soñar con recobrar la juventud perdida, los compara jocosa pero cariñosamente en su estado actual con Hefesto, el *κυλλοποδίων* (el *tardipes* catuliano) por antonomasia.

De aceptarse mi conjetura, la alusión a la cojera –que implica, por fuerza, el uso de bastones– sería otra parodia más de las muchas miserias que caracterizan a los héroes de la tragedia eurípidea. En ella el anciano es inmediatamente reconocible por su báculo: su torpe y vacilante andar lo ha convertido ya, como auguraba la Esfinge, en un animal de tres patas, obligado a usar el *γεροντικὸν ὄπλον* por excelencia, el *σκίπων* (*Call. Ep.* LIV 6 Gow-Page = *A.P.* VII 89)¹¹. Cargado de razón le espeta Evélpides a Eurípides: *οὐκ ἐτὸς χωλοὺς ποιεῖς* (*Ar. Ach.* 411), porque el trágico es un gran productor de héroes y personajes cojos. Un ejemplo muy parecido a este de la *Lisístrata* se encuentra en el primer estásimo del *Heracles*¹²: el coro de viejos sale a escena sustentándose en su bastón (108-109: *ἀμφὶ βάρκτρῳ ἔρεισμα θέμενος*); «der Gang schwankt um den festen Punkt, den Stab, herum und würde ohne diesen die Richtung und Haltung verlieren» (Wilamowitz *ad loc.* [ed. cit., III, p. 29]). Entre las recomendaciones que Creúsa hace al anciano pedagogo de Erecteo se encuentra la de que asegure sus pasos con el cayado (*Eur. Ion* 743 *βάρκτρῳ δ' ἔρειδου περιφερῆ στίβον χθονός*, con un *περιφερῆ* extraño [cf. la nota de Owen]). Tiresias, apoyado en un bastón coronado de hiedra, marcha al monte en compañía de Cadmo para celebrar el culto de Baco (*Eur. Bacch.* 363: *κισσίνου βάρκτρου μέτα*). Por supuesto, el báculo es imprescindible para Edipo, aun conducido por Antígona (*Eur. Phoen.* 1539-40: *βακτρεύμασι τυφλοῦ ποδός*).

En este punto concreto –el empleo del bastón– Eurípides rompe con la tradición anterior. Sófocles no rehúye presentar en escena miseria, mugre y andrajos: Edipo (*O.C.* 1256ss.) o Filoctetes (823ss., cf. 35ss. con mención de unos *ῥάκη* muy eurípideos [cf. *Ar. Ach.* 412]) son paradigma de hombres rotos por el destino, sumidos en una postración

¹⁰ Para una *iunctura* semejante en un contexto diferente cf. *Ar. Au.* 1379 *τί δεῦρο πόδα σὺ κυλλὸν ἀνὰ κύκλον κυκλεῖς*;

¹¹ Cf. *Ar. Ach.* 682, *Vesp.* 33, *Eccl.* 74, 150, 276. Llevan bastón Estrepsíades (*Ar. Nub.* 541) y Filocleón (*Ar. Vesp.* 1296).

¹² Representado en el 421, once años antes que la *Lisístrata*, según Wilamowitz (*Herakles*, Hermann Gentner Verlag, 1959, II, p. 134).

repelente y asquerosa. Lo que evita Sófocles es acumular detalles, como hace en cambio Eurípides, deseoso de llegar al corazón del público no con lo que hoy llamaríamos efectos especiales —ya los había descubierto Esquilo—, sino con su recreación de la degradación física en todos sus más mínimos detalles: un anticipo de la moda que desarrollará después la escultura realística en el helenismo. Muy significativamente, βακτήρια y βάρτρα son términos que no usa jamás Sófocles¹³. Su Edipo sólo busca —de manera más trágica, desde luego— la mano de Antígona (*O.C.* 201 γεραὸν ἐς χέρα σῶμα σὸν προκλίνας φιλίαν ἐμάν), así que el desdichado héroe tebano no necesita más apoyo que sus dos hijas, Antígona e Ismene; son ellas las que, de hecho, le sirven de báculo (no βάρτρα, sino más enfáticamente σκῆπτρα) en su atroz ceguera: *O.C.* 848 οὐκουν ποτ' ἐκ τούτοιιν γε μὴ σκῆπτροιιν ἔτι ὁδοιπορήσεις, 1109 ὦ σκῆπτρα φωτός. De la misma manera Filoctetes, a quien la pintura de vasos representa reclinado en un palo, prescinde de adminículos y avanza sustentándose en Neoptólemo (*Phil.* 893 ἴστω τε κἀντὸς ἀντέχου; la misma idea, a mi juicio, se vuelve a expresar en 1402 ἀντέρειδε νῦν βάσιν σῆν; en los dos casos habla Neoptólemo). La supresión del apoyo inerte encarece justamente la humanidad del auxilio prestado por la mano amiga.

Si estoy en lo cierto, Aristófanes hubo de jugar sin duda con las evoluciones penosas y desgarradas del coro de hombres: un coro que, nervioso en su ardor guerrero, avanza lentamente renqueando, tropezando entre sí y enredándose en los bastones¹⁴. El ridiculizar los defectos físicos es un manido recurso cómico que siempre ha provocado grandes risotadas en un público zafio.

¹³ En Esquilo el βάρτρον caracteriza sólo a los reyes (*Ag.* 202, 362): en *Los Persas* no hay referencia alguna a los bastones que podría haber llevado el coro de ancianos.

¹⁴ El coro tenía bastones en el *Pluto* (272). Por otra parte, con los bastones, bien entrechocándolos, bien golpeando el suelo, se puede crear al mismo tiempo un ritmo que ayude a la danza. Al ruido del bastón sobre el empedrado se alude en *Ar. Eccl.* 546.